DESVELOS CULTURALES

Por Alfonso de Gabriel

Respaldado por un grupo muy caracterizado de personalidades destacadas en la vida cultural madrileña, que integran amigos y admiradores de Marino Gómez-Santos, se ha celebrado un homenaje agasajando al notable escritor con un almuerzo que estuvo a la altura de los grandes acontecimientos por la concurrencia y calidad de los comensales. El motivo de la reunión era demostrar la satisfacción general por haberse concedido, muy en justicia, el premio nacional de Literatura «Menéndez Pelayo 1972» al libro «Vida de Gregorio Marañón», del que es afortunado autor Gómez-Santos.

Coincidiendo con este merecido y simpático acto amistoso-social, del tipo de sucesos siempre gratos en contraste con el inhóspito ambiente que nos rodea, cayó en nuestras manos un ejemplar de «Tribuna médica», en el que Gómez-Santos, con esa maestría en él habitual, que le caracteriza en el arte de entrevistar, somete, con el escalpelo, sus certeras interrogantes, a escrupuloso examen al doctor Carlos Dauden, ese experto de la ciencia médica para quien no tiene secretos la dermatología y cuanto con ella se relaciona. Pero no es de cosas de la piel de lo que nos habla ahora Gómez-Santos o pudiera parecer que nos va a ilustrar sobre el doctor, también culto escritor y ameno conferenciante, al mismo tiempo que concienzudo y laureado pintor, al que le es familiar la plasticidad de la paleta y su superficie en la que extiende y combina los colores del

arco iris, que mezclados con asombrosa armonía, con la ayuda de las formas, consigue que sus lienzos proclamen la belleza y canten lo recóndito de su alma de artista, con una policroma riqueza onusta de maravillosa perfección.

Gómez-Santos nos presenta al doctor Dauden en una faceta para muchos desconocida, como es la de su curiosidad arqueológica, derivada de un feliz hallazgo, allá por el mes de diciembre de 1970, en Pozo Moro cabe Chinchilla de Monte-Aragón, constituido por algunas piezas ibéricas que pueden aportar nuevas luces para aclarar el embrollo que aún perdura sobre el origen de la manchega zona en la región de los oretanos. No nos perdamos en disquisiciones que pueden resultar atrevidas y, desde luego, muy lejos de nuestro propósito. Lo que queremos destacar es la inquietud del doctor Dauden —hijo del también dermatólogo don Francisco—, por el entusiasmo y fervor que viene dedicando a tan interesantes descubrimientos, llamados a aportar noticias reveladoras del estado de la cultura ibérica en tiempos tan remotos como fueron los siglos IV y III antes de Jesucristo o en los que aquella comarca fue visitada por San Segundo y San Pablo.

Conociendo a Carlos Dauden, es de suponer la íntima satisfacción —su modesto modo de ser no le permite exteriorizar semejantes sentimientos— que le produciría el dejar al descubierto, fruto de su tenacidad e investigación, objetos de plomo, hierro y bronce; vasijas de diversas formas y fabricación; vestigios de edificaciones o enterramientos, y tal vez de construcciones, ya para habitarlas, bien defensivas, conjeturas que nos hacemos en el deseo de buscar y hallar justificación al origen del importante descubrimiento de insospechado valor arqueológico para los estudiosos de disciplinas y temas tan apasionantes en relación con la vida de épocas pretéritas, que tanta excelente enseñanza nos legaron.

Estamos con Gómez-Santos en el juicio por él formado sobre cuestión de tanta trascendencia y encomiamos, con el merecimiento a que es acreedor, al doctor Dauden por su acendrado empeño, de infatigable trabajador, tanto en su ciencia profesional, como por sus aficiones al margen de la medicina, pero al servicio de la cultura, en lo que no se queda a la zaga. Con ello saldrá ganando, posiblemente, el Museo Arqueológico Provincial de Albacete, cuando esté terminado el nuevo edificio en su ya no tardía inauguración. Los hallazgos, como ahora el de Dauden, son un regalo para el espíritu y la cultura hispánica, a lo que contribuyen los sagaces domeñadores de las incógnitas que encierra el subsuelo en sus misteriosas entrañas. Estas inquietudes interyacentes, honran toda una vida.